**Dios sí juega a los dados**

Oscar de la Borbolla

Hay una calle en la ciudad de México por la que nunca había podido caminar: no es que lo considerara imposible, pero las veces que lo intenté, alguna persona me bloqueó el camino: tropezaba con ella y, tras hacer una serie de fintas inútiles por la derecha o por la izquierda, terminaba por desistir, pues sus movimientos por esquivarme se correspondían con los míos haciendo que me sintiera ridículo como si estuviera danzando ante un espejo; me refiero a esa estrecha calle llamada Oslo que sale al Paseo de la Reforma muy cerca del Ángel.

No soy supersticioso, pero lo inexplicable de ciertas coincidencias también me hace dudar de la simple razón positivista que reduce el mundo a una mera estantería de laboratorio y, por ello, nunca me había propuesto refutar esa brizna de magia de la calle Oslo y, tal vez, luego de comentarla con mi esposa hasta me habría olvidado; pero tocó la suerte de que un restaurante, inscrito en esa calle, se convirtiera en el lugar de moda para resolver toda clase de negocios y que ahí me citaran con regular frecuencia. Nunca pude acudir: cuando no había un retén de granaderos que respondía a mis súplicas con aquello de órdenes son órdenes, habían levantado unas mamparas o excavado una zanja de varios metros que materialmente cancelaba cualquier posible acceso.

Caminar por esa calle, dar siquiera unos pasos hasta el restaurante, se me convirtió en una obsesión, pues, los demás sí llegaban puntuales a las citas y el único incumplido y hasta "irresponsable" resultaba ser yo. Perdí muchos negocios; en la oficina fui tachado de informal y, por supuesto, nadie tomó en serio mis explicaciones.

Obviamente, al principio, cruzó por mi cabeza la idea de que en aquellas coincidencias se manifestaba el poder oscuro del destino, pero la deseché: preocupaciones más prosaicas consumían mi interés: dejar plantadas a las personas que me esperaban, sufrir las pérdidas económicas por no firmar oportunamente un contrato, sobrevivir a los disgustos de mi jefe, pues, sobre todo, me preocupaba conservar mi empleo, ya que tenía la responsabilidad de mantener a mi familia: a mis dos hijos y a mi esposa. Y así, sin aceptar plena y conscientemente la absurda hipó tesis de un destino empeñado en prohibirme pasar por esa calle, ni desentenderme por completo de esa creencia, hacía hasta lo imposible porque mis citas fuesen en otros sitios, en otros restaurantes, en donde los clientes quisieran, pero no en Oslo.

En cuanto cambié el lugar de los encuentros, se normalizó mi eficiencia y, salvo algunas burlas desagradables y ciertos cuchicheos oficinescos por mi "oslofobia", recuperé la estima de mi jefe y dejé de causar preocupaciones a mi esposa. Oslo no tenía por qué formar parte de mi vida: era una callecita secundaria, no una gran avenida cuya privación me pusiese en jaque vial: bastaba con incluida entre las cosas que me causan alergia: los mariscos, el polen, la penicilina, para quitarme de problemas. Sin embargo, y tal vez porque ni en mi casa volví a mencionar el asunto, la curiosidad me fue prendiendo, me daba de vueltas por la noche: ¿sería verdad que una fuerza extraña me cerraba el paso? ¿El número de coincidencias que me lo habían impedido, no era acaso prueba suficiente? ¿Y por qué esa calle y no otra? ¿Qué podía yo encontrar allí para que el azar se tomara tantas molestias?

No soy proclive a fantasear, pero algunas noches, antes de perderme en el sueño, mi imaginación se iba volando y lo mismo me miraba muerto en Oslo que rodeado de las más estrafalarias recompensas por haber vencido los obstáculos. Pensamientos de este tipo comenzaron a prolongar mi duermevela haciendo que cada día me despertara más cansado: más cansado y más harto, pues por muy misterioso que fuera sentir la mano del destino, no por ello dejaba de ser menos estúpida la prohibición de cruzar una calle. ¿Sería el destino o una simple retahíla de casualidades sin sustancia? De la extrañeza transitaba al fastidio y de éste a la certeza de que, hubiese o no una voluntad sobrenatural, el impedimento existía, así que un sábado en la noche decidí salir de dudas: eran casi las once y atravesé Reforma totalmente resuelto, ya sólo me faltaba dar un paso para encontrarme en Oslo, cuando una mujer se me plantó delante, se colgó de mi brazo y, aunque hubiera podido rechazarla (así lo hago casi siempre), interpreté su oferta como una sutileza del destino que en esta ocasión no me bloqueaba el paso con granaderos o con una zanja, sino con un rato de placer, y acepté los términos.

La mujer me llevó por otras calles: por Río Lerma o Río Nazas, qué sé yo: eran calles expeditas por las que rápidamente llegamos a una casa con vitrales en las ventanas y camas en todos los cuartos. Ella empezó a desnudarse con monotonía, la piel de su vientre parecía un papel estraza arrugado: desnuda había perdido su atractivo: toda su sensualidad yacía ahora doblada sobre una silla: tuve ganas de irme; pero al girar la cara reparé en un par de tarjetas postales que había sobre el espejo de la cómoda: en ambas alguien había escrito la palabra "OSLO". ¿De quién son?, pregunté. Ella hizo un gesto indiferente. No sé, dijo y empezó a desabotonarme la camisa. ¿Las puedo ver? Sí... claro ...

La caligrafía resultaba completamente oscura; lo único legible era la dirección: Oslo # 9. La nueva coincidencia me estremeció, pues aquellas tarjetas -a juzgar por el polvo y las puntas amarillentas- debían llevar ahí mucho tiempo. ¿Quién las había dejado? ¿Qué relación tenía conmigo Oslo? La mujer se sentó en la cómoda y mi cara apareció en el espejo, las postales empezaron a sacudirse.

¿Podrías preguntar de quién son las postales?, pedí a la mujer como último favor, y la madame tampoco supo nada: Supongo, dijo, que son de alguna de las chicas, pero no sé. Si le gustan, puede llevárselas. Era ya casi de madrugada y, salvo algún taxi esporádico, el Paseo de la Reforma se encontraba desierto y también Oslo: nadie me impedía pasar y, no obstante, como si hubiera una pared invisible, me volví a detener en el punto de siempre: saqué de mi bolsillo las postales y, a la luz de una lámpara de mercurio, las miré con atención: Oslo # 9, no cabía duda, pero ¿quién vivía ahí?, ¿qué decían esas letras garigoleadas que hacían ilegible al destinatario? Un sudor frío me recorrió las palmas de las manos, pues, poco a poco, comparando las letras de una y otra postal, la caligrafía comenzó a abrirse y lo que leí se transformó en una descarga que me cimbró de arriba a abajo: era mi propio nombre. Sentí horror, mis instintos me jalaban hacia Reforma; pero dominado por la curiosidad, por el deseo de resolver de una vez por todas ese misterio, di un paso y sentí que traspasaba la barrera de mi vida, que mis piernas se iban estrellando al caminar y avancé, inclinado hacia adelante como si enfrentara la fuerza del viento. Ante el número 9, levanté la cara: una puerta de metal frente a la que tuve que decirme un tartamudeado "cálmate" y apretar los puños, pues todo el cuerpo me temblaba y no tenía la entereza para tocar el timbre. Finalmente llamé.

Atónito es la palabra, pues del otro lado apareció mi esposa con una actitud de completa naturalidad: me saludó como si nada, me preguntó que por qué no usaba mis llaves y yo, como un autómata, pasé la puerta: los mismos cuadros, los mismos muebles, las mismas fotografías; como si nos hubiéramos mudado de casa hacía mucho tiempo y todo estuviese ya habituado al nuevo espacio. No dije nada, pero mi esposa notó mi estado de consternación y, suponiendo que hubiese tenido algún problema preguntó: ¿Pasó algo malo? No, dije separando apenas los labios, ¿y los niños? Están dormidos, dijo ella. ¿Dónde?, pregunté angustiado: quería verlos antes de aclarar aquella situación. Estaban acostados en sus camas de siempre, aunque el color de la habitación era otro. No los destapes, los vas a despertar, dijo ella y me arrastró fuera del cuarto. ¿Qué tienes? Estás muy pálido. Me la quedé viendo fijamente: los mismos ojos, la misma voz y mientras más familiar la descubría más me aterraba. ¿Te sientes mal?, volvió a preguntarme. No ... no tengo nada, dije buscando una explicación, una respuesta lógica. Tiene que ver con esa calle, ¿verdad?, dijo ella con el tono de preocupación que había hecho que dejara de hablarle de Oslo. ¿Cuál calle?, pregunté más angustiado. ¿Cómo que cuál? dijo ella, la calle de Pino, ésa por la que según tú no puedes pasar. .. Las piernas se me doblaron: Pino era la calle donde estaba mi verdadera casa, donde yo vivía con ella, ¿con ella? ¿Qué hemos platicado acerca de Pino?, pregunté con dificultad. Me prometiste que ibas a dejar esas tontas ideas, me respondió. ¿Qué te he dicho de la calle de Pino?, insistí casi a gritos. Cálmate, por favor, dijo ella llorando, me habías prometido no preocuparte más por eso. ¿Por la calle de Pino?, pregunté.